

atormentar á los vencidos y azotarlos para que fueran á clavarse ellos mismos en las puntas de las lanzas; todos los horrores de estas guerras civiles, que resultan la mayor de las plagas enviadas por la cólera de Dios sobre los pueblos infelices.

Pocas escenas tan trágicas en la Historia, como la muerte del conde defensor de la ciudad y de todos los nobles principales que en su defensa le acompañaron. Formóse al redor de ellos el círculo de lanzas, que antes hemos descrito, y Santiaguillo invitó al conde á clavarse el primero en una de ellas, diciéndole grotescamente que empezara el baile. Pero, como todo sér tiene en este mundo alguien que le ame, la mujer del conde, profundamente adherida á su esposo, rompió el oleaje de la muchedumbre, atravesó los muros de lanzas, y entrando en el fúnebre círculo de hierro, abrazóse á los pies del posadero vencedor, pidiéndole con gestos y palabras de una suprema desesperación la vida de quien era la mitad de su vida. Para mover más aquellos corazones endurecidos por la victoria, llevaba la pobre mujer en sus brazos un escudo celestial, un inocente ángel, un niño de sus entrañas, engendrado por el amor del conde, á quien amenazaba en aquel trágico instante la muerte. Pocas escenas tan luctuosas nos ofrecen ¡ay! en sus sangrientas páginas los trágicos anales del mundo. La noche terrible y oscura; la ciudad ardiendo; los vencidos forcejeando en la desesperación; el círculo de aquellos revolucionarios con sus armas apercebidas al degüello; los prisioneros nobles próximos al último suplicio y semejantes al ganado reunido en una carnicería; las antorchas fúnebres que iluminan los rostros transmutados por el deseo de la venganza ó por el temor á la muerte; y una pobre mujer, nacida en ilustre cuna, y acompañada de un hijuelo inocente, á los pies del terrible demagogo, á quien la victoria prestaba toda la crueldad de los tiranos, é incapaz por lo mismo de tener un sentimiento de compasión siquiera, en aquel odio universal, cuyos furoros hacían de aquella noche un verdadero infierno. Solamente la voz de la condesa gritaba «¡perdón, perdón!» entre tantos horrores. Y Santiaguillo, rechinando los dientes con furor, poniendo los ojos en blanco cual si la hora de su último trance estuviera cerca; agarrando las manos de la condesa convulsivamente; le recordaba el día en que su novia, la preferida de su corazón, la depositaria de su dicha, el iris de todas sus esperanzas, la que había escogido para perpetuar su nombre y su sangre en el mundo, por haber arrancado algunas miserables fresas en apartada selva, era violada por los caballeros feudales y por sus cortesanos, y luego recluida en calabozo señorial, donde la devoraron viva los ratones. La condesa continuaba fuera de sí, arrastrándose á los pies de aquel hombre; y aquel hombre, verdadera encarnación de la terrible venganza de una raza oprimida, se reía á carcajadas de su víctima, y la hollaba, como si fuera una alfombra suya, la hollaba furioso con sus plantas. Y exacerbados todos sus compañeros por la terrible ira de Santiaguillo, cada cual decía su palabra de agravio, y expresaba su sentimiento de venganza. Unos aseguraban que los caballeros del conde habían pasado á caballo por sus siembras, y como sus hijos quisieran

oponerse, les azotaron cual si fueran perros; otros recordaban que sus hermanos sufrían largos años de prisión tan sólo por haber olvidado saludar al conde; éstos hablaban de sus corveas, aquellos de la desaparición eterna de sus padres, cuyos huesos mismos se había tragado la tierra, tan sólo porque los infelices persiguieron alguna liebre hasta los campos señoriales; y todos, á una, pedían venganza inmediata y amenazaban con pronta é irremediable muerte. A medida que los dictérios de aquellos siervos aumentaban, aumentaba también el clamor de la condesa. Su propio marido, soberbio como buen caballero feudal, superior por la impasibilidad de su ánimo á los agravios y á las ofensas serviles, capaz y muy capaz de sufrir la muerte antes que la humillación, apiadóse de su propia esposa, y ofreció por el rescate de su vida toda la inmensidad de su fortuna. Pero la respuesta á esta proposición demostró la terrible suerte de todos los vencidos; porque, dirigiéndose un siervo hacia la condesa, lanzóle un cuchillo de caza, el cual se clavó en el brazo de su hijo, que le inundó de sangre. Al sentir la infeliz aquel jugo de su propia vida en el rostro cubierto de lágrimas, agitóse, cual si un rayo atravesara todos sus nervios, y rodando por el suelo como fuera de sí, pidió con voces que, ó le devolvieran su esposo, ó por compasión y por caridad la mataran á ella. El triste olvido de todos los sentimientos humanos se extremó de tal modo, que, á la vista de aquella mujer desesperada, de aquel inocente herido, de aquel esposo lacerado, de aquellos prisioneros próximos á la última hora, objetos todos dignos de la mayor misericordia, el músico mayor del conde, saliéndose del grupo de los siervos y encarándose con su señor, dijole que pensaba tocar su aire favorito, el que tantas veces le acompañaba en las fiestas y en los placeres, para que le acompañasen en los estertores y en los estremecimientos de su postrer agonía. El conde, al ver la implacable crueldad de sus enemigos, se lanzó á los pies del confesor, para decirle sus culpas mayores y demandarle su absolución postrera; la condesa, tendida en el suelo por la postración de sus fuerzas, abrazaba y besaba á su hijo, como si quisiera estancarle con sus besos y con sus abrazos la sangre, y volvía los ojos exhaustos ya de lágrimas, á contemplar á su marido; los nobles amenazados bajaban la cabeza como para recoger sus ideas antes del próximo suplicio; y, entre tantos horrores, el músico templaba su instrumento, y preludiaba el aire grato al conde, diciéndole entre las carcajadas de sus compañeros, que iba á recrearse en su última danza. La inhumanidad llegó tan lejos que, como la condesa estuviera exánime en el suelo, alzáronla dos siervos y la sostuvieron en brazos, obligándola y constringiéndola á contemplar el suplicio de su marido. Al rodar éste por tierra, y rodar atravesado por veinte lanzas, el corazón de la infeliz mujer se rompió con tal estrépito, y los gemidos de su pecho se exhalaban con tanto dolor, que lágrimas cuasi de arrepentimiento asomaron á los ojos del mismo cruel Santiaguillo, cuya alma estaba tan empedernida y acallada por sus sentimientos de venganza. Y sin embargo, la terrible bruja, que acompañaba la horda del posadero, semejante á las brujas compañeras de

Atila, salió del círculo de los siervos, corrió á donde estaba el cadáver del conde aún caliente, sacó el cuchillo que le servía para su cocina mágica, y abriendo las entrañas del caballero, extrájole las mantecas y untó con ellas sus zapatos y los zapatos de todos los verdugos. Y entretanto, los compañeros del conde morían sacrificados á lanzazos entre los clamores de los siervos, que les recordaban á una en siniestro coro de furias, los agravios inferidos á su condición cristiana por los crímenes del feudalismo. La barbarie servil se recrudeció tanto con la satisfacción de su venganza que lanzaba los yertos cadáveres al aire, y cuando caían y se estrellaban en el suelo, volvía de nuevo á lanzarlos con un placer carnicero que no hubieran sentido los tigres de las selvas, los leones de los desiertos, las hienas de los sepulcros. Después de esto, arrancaron á la condesa sus alhajas y sus vestimentas de noble; la vistieron con los harapos del mendigo; é insultándola con todos los dictérios imaginables, sin respeto alguno á su dolor, llamaron á un carretero para que se la llevara, y entregándosela, dijéronle: «Ya que vino aquí en carroza de oro, llévatela en carro de basura». La condesa consagró su herido hijuelo á la vida religiosa; y se recluyó ella misma en las paredes de un claustro.

Tales fueron los horrores que acompañaron á la revolución religiosa; veamos ahora los que acompañaron á la paz de Westfalia para concluir con este largo estudio sobre la Historia del terror. La más decisiva lucha del protestantismo contra el catolicismo, fué allá en el siglo décimo séptimo la denominada guerra de los treinta años. Merced al temperamento conciliador de Fernando I, habíase firmado la paz de Augsburgo, tregua y nada más que tregua entre la religión católica y la religión protestante. Aunque ganaba el protestantismo algunos efectivos adelantos con este convenio, no se ponía en el mismo pie que la religión secular. Veíase al nuevo culto adelantando y al viejo retrocediendo; pero en este retroceso y en aquel adelanto, notábase ya cómo las resistencias del catolicismo se iban venciendo y cómo los impulsos del protestantismo iban adelantando. Y adelantaran más ciertamente, si los príncipes y Estados protestantes de Germania no adolecieran de inercia é indolencia, verdaderamente germánicas. Desde los retos lanzados por Lutero hasta la organización militar de los jesuitas, el catolicismo había resistido con paciencia más que pugnado con fuerza. Y desde la organización del jesuitismo la resistencia se trocó en acometida y en acometida furiosa. Importábale al protestantismo alemán la unión de sus fuerzas, frente á la unidad incontrastable del mundo católico. Y no se unieron los protestantes entre sí como debían, trocándose, á consecuencia de tan grave falta, los papeles de la Reforma y de la Iglesia, muy acometedora ésta, y aquélla sólo resistente. Los príncipes luteranos de Alemania, jamás comprendieron cómo la salvación de su causa estribaba en sostener á todos sus defensores, cuando estaban metidos en tantos conflictos, empeñados por la nueva fe cerca y lejos de sus fronteras. No acorrieron á los mendigos de Holanda y á su jefe brillante y heroico, el príncipe de Orange; no acorrieron á los hugonotes de Francia y á

su jefe profético, el sublime almirante Coligny; no acorrieron á los ginebrinos en las luchas con España y Saboya, ni acataron á sus apóstoles y á sus profetas. Al contrario, aborrecieron de muerte al calvinismo, primeramente por sus ideas respecto á la cena, y después por sus tendencias republicanas y democráticas. En su horrible ceguera, preferían los jesuitas á los calvinistas. Llamábanlos á éstos discípulos predilectos de Satanás. Y al pactar con el Emperador católico ciertas treguas ó convenios, incluyeron con verdadera imprevisión á los luteranos en sus cánones, excluyendo por completo á los calvinistas, cuya rota deseaban así en Francia como en Holanda, y así en Escocia como en Suiza. Naturalmente, al verlos tan divididos, lanzáronse los Emperadores ortodoxos, empujados por los jesuitas, sobre sus tierras, y sobre sus Iglesias, encontrándose de tal suerte apurados, que se hubiera perdido, á no ir en su socorro, por motivos religiosos, los protestantes de Suecia, y por razones políticas, los católicos y hasta los cardenales de Francia. Pero no adelantemos los sucesos. A principios del siglo décimo-séptimo, los Estados protestantes comprendieron que la guerra debía contestarse con la guerra, y el protestantismo defenderse contra el catolicismo. La violencia de Baviera, completamente adscrita desde los comienzos de la revolución á las reacciones; los consejos áulicos de Viena donde predominaba el jesuitismo, tendiendo una red espesísima sobre toda la Confederación germánica; el descaro con que los elementos reaccionarios negaban fe á la paz convenida en Augsburgo; las muestras por doquier vistas, de un plan allá en Roma concebido, y por los agentes de San Ignacio puesto en práctica para exterminar la religión luterana; el proceder con algunas ciudades revolucionarias, entradas á saco y desposeídas de sus antiguas libertades, movieron por fin al Elector Palatino, Federico V, en 1608, á promover una liga, en la cual entraron Bohemia y Hungría, que, al año de entrar, consiguieron de su ciego y reaccionario Emperador, unas pragmáticas, en las cuales se le aseguraba el ejercicio libérrimo de su nuevo culto. Frente á frente de la liga luterana, levantóse la liga ortodoxa, la cual tuvo por jefe á Maximiliano, duque de Baviera, tan feroz, que aplaudió en edad temprana, cuando el odio parece ajeno al corazón, el asesinato de Enrique III. Y junto á este feroz é implacable soberano, hallóse también el archiduque Fernando de Estiria, que había caído como una tormenta de sangre sobre las tierras enemigas, quemando las Biblias Sacras, por apacentar la inteligencia luterana, y diciendo á la faz del mundo, cómo prefería verse destrozado en mil pedazos, y rotos sus miembros en una guerra sin término, á tolerar las religiones contrarias al catolicismo, y á conceder, no ya derechos, pero ni siquiera el vivir á los disidentes, quienes, en su creencia, no podían respirar el aire del planeta sin prestarle toda la protervia del infierno. Pues bien, á un hombre así; de corazón empedernido y cruel; de instintos muy sanguinarios; fanático hasta la demencia y supersticioso hasta el delirio; dado á soñar con guerreras venganzas; genio infernal de lucha y exterminio; á un hombre así, diéronle sin reserva nada menos que la heren-

cia de Austria, las debilidades y flaquezas del Emperador Matías, para que pudiese desarrollar mejor todas sus crueldades y abrasar Alemania en verdadero incendio. Antes de que Fernando el *Vengativo* subiese al trono de Austria, ya los protestantes de Bohemia y otras regiones habían manifestado sus quejas por los proceder con ellos del Imperio, quien, después de firmar constituciones varias, como seguros del derecho público, rehusaba el bautismo á los niños luteranos, el matrimonio á los novios pertenecientes á la nueva religión, el entierro á los muertos. Las familias luteranas que miraban con grande horror la misa creyéndola un acto de idolatría, viéronse constreñidas todas ellas sin excepción, á presentarse con fervor fingido en los templos ortodoxos y á rendir acatamiento al culto aborrecido en lo interior de sus corazones y de sus conciencias. Así no podía menos de resultar una gran catástrofe. Corría el 23 de Mayo del año 1618, cuando los diputados de los protestantes se presentaron en el castillo de Praga, ceñidos por sus armaduras, que les cubrían desde los pies hasta la cabeza, y acompañados por una fortísima escolta, reclamando la observancia de sus antiguos privilegios y el respeto á la íntima libertad de sus espíritus. Negáronles, al verlos así, la entrada los católicos, y decidieron penetrar á viva fuerza. En efecto, las puertas se franquearon á su empuje, y los consejeros católicos, se hallaron impensadamente con aquellos altivos peticionarios en torno suyo. No los desconcertó, en verdad, ni la inesperada presencia, ni su actitud amenazante. Dos de ellos opusieron graves y moderadas respuestas á sus interrogaciones; pero otros dos, Martinizt y Slawata, prorrumpieron á una en dicharachos soeces y amenazaron con temeridad á los que tenían sobre ambos la ventaja incalculable de su fuerza. Invitaron dos luteranos á los dos consejeros prudentes á que saliesen del salón, y, una vez fuera éstos, cogieron á los dos consejeros temerarios y los echaron por la ventana. Como el castillo es muy alto, y su foso contaba ochenta pies de profundidad, no hay para qué decir cómo se aplastaron abajo los dos soberbios consejeros. Este arriesgo de los luteranos fué la señal de una insurrección, pública ya, en Bohemia, y patente; la cual insurrección debía tener sin duda la fuerza incontrastable alcanzada en otros días por la terrible guerra de los furiosos husitas. Fernando de Estiria, había en su oportuna sazón felicitado á su predecesor el César Matías, por lo cual, se vió luego á la cabeza del Imperio en 1619, y, como era natural, Bohemia no quiso reconocerlo por su Rey, nombrando en su lugar á Federico V, jefe de la liga protestante y yerno de Jacobo I de Inglaterra. Los húngaros á su vez destituyeron al cruel Fernando y nombraron á Gabor, príncipe de Transilvania. Estos actos fueron la señal de aquella terrible guerra, que duró treinta años, y que concluyó por la transcendental paz de Westfalia, tan importante para la Edad Moderna como fuera el pacto de Carlo-Magno importante para la Edad Media.

Parece imposible; pero los príncipes protestantes mismos eligieron Emperador á Fernando II, á pesar de saber cómo las gastaba, y qué odio tenía en las entrañas de su corazón